



# ÚLTIMA O

## la pastoral del tanatorio

En la hora de la muerte de un familiar o un amigo, muchos alejados o ajenos a cualquier experiencia de fe tienen una de las escasas oportunidades de contactar con ese mundo y poder verse interpelados por el eco de la trascendencia cuando acuden a despedir al ser querido. ¿Cultiva la Iglesia una auténtica pastoral del adiós?



# PORTUNIDAD

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA

**V**iernes de mediados de octubre, en un mediodía frío. Tras una breve ceremonia religiosa, los amigos y familiares que acuden a decir adiós al difunto salen en silencio y miran al cielo. De la chimenea del crematorio del Cementerio Sur de Madrid sale un humo negro que marca el punto sin retorno. Es una escena que en este camposanto se repite entre ocho y doce veces al día... En Todos los Santos, el 1 de noviembre, habrá miles de personas, en este y en todos los cementerios. **José Luis Sáenz-Díez de la Gándara**, párroco de San Pedro Apóstol, en la capital, coordina al grupo de sacerdotes que desarrollan la atención pastoral en esta última morada. Lleva 25 años en lo que califica como “una vocación por los pobres, por estar en esta otra periferia existencial”. Porque qué duda cabe de que, “quien pierde a una persona cercana, es mucho más pobre”.

Son varios los temas a tratar con este pastor de tono calmado, pero la actualidad manda. Días atrás, se originó un debate ante el anuncio de la Archidiócesis de Sevilla de que, de ahora en adelante, las misas de funeral de cuerpo insepulto han de ser en la parroquia del fallecido, quedando los tanatorios para los responsos. Con esta medida, se asegura desde el arzobispado a *Vida Nueva*, se busca devolver a la parroquia como eje de la vida cristiana y espacio en el que se reciben tanto los sacramentos del inicio de la vida cristiana como los exequiales, en un todo que refleje una profunda identidad comunitaria. ▶▶





## PASTORAL DEL TANATORIO

▶▶ Pero muchas voces apuntan que, dejando en un lugar secundario la pastoral en los tanatorios, se pierde tal vez la última oportunidad de llegar a los alejados de la Iglesia, muchos de los cuales no asisten al templo, mientras que sí se acercan el tanatorio a visitar los restos mortales de quien conocieron. Y es que, si el conjunto de los sacramentos son cada vez menos demandados, solo un momento de la vida, el último, convoca a una amplia mayoría. Como mínimo en los tanatorios o en los cementerios, atrio de los gentiles para creyentes y no creyentes.

Sáenz-Díez de la Gándara, como párroco y como pastor de cementerio, comprende y valora la decisión del prelado hispalense, **Juan José Asenjo**: “Sé que esto es casi inviable para las grandes ciudades, pues muchas veces los tanatorios y las parroquias se encuentran muy alejados entre sí, pero es bueno reconocer que la parroquia debe ser el lugar de referencia para las exequias, que son todas las celebraciones que se realizan desde el fallecimiento hasta el entierro del cuerpo. Lo que nos debe hacer reflexionar es el hecho de que, en muchas ocasiones, las parroquias ni siquiera tienen conocimiento del fallecimiento de uno de sus feligreses. A veces solo tienen constancia cuando, días después, los familiares



JESÚS G. FERIA

piden un funeral. Es algo demasiado importante como para buscar una respuesta coordinada. Pero mi experiencia es que esta pastoral está desoyuntada”. De ahí que reclame, aun consciente de su dificultad, un método por el que desde las diócesis se conociera cuándo ha habido un fallecimiento y a qué parroquia pertenece el difunto, para contactar con ella y que sus sacerdotes se ofrecieran a las familias.

**José Carlos Bermejo**, director del Centro de Humanización de la Salud, obra de los religiosos camilos, entiende que hay “varias motivaciones” que explican que las diócesis optaran por anteponer la parroquia a los tanatorios como lugar en el que celebrar las exequias. Estas irían desde una inquietud pastoral, “prevaleciendo la idea del templo como centro vertebrador de la comunidad”, a una cuestión de disponibilidad del sacerdote, “por el deseo de regular la

carga de trabajo” y que esta se concentre en un ámbito de cercanía. En todo caso, el camilo lamenta que, en caso de imponerse el que las exequias se celebren en la parroquia, “se perdería una gran oportunidad en lo pastoral, pues, si bien el tanatorio es un punto de encuentro para la inmensa mayoría de los conocidos del fallecido, a la parroquia acuden en buena parte quienes ya son habituales de la parroquia”.

Así, además del menor número de personas que podrían verse interpeladas en un momento de especial apertura a la trascendencia como la muerte, el director del centro cree que se reduciría el peso de la sensibilidad espiritual que se puede experimentar en un espacio ajeno a la parroquia, algo que en buena medida depende de la implicación de los pastores: “Es esencial una atención individualizada, celebrar ritos que, de algún modo, enmarquen la

despedida y acometan la sed de trascendencia que habita de algún modo en todos. Es importante para el que está falleciendo y para sus familiares y seres cercanos: hay que acariciar, tomar las manos... Hay que dar calor, conectar con la asamblea presente en ese momento. Significa ayudar a despedirse desde el primer momento que marca el final de una vida”.

### Humanizar los ritos

Un claro ejemplo, apunta Bermejo, lo han vivido estos días, ante el fallecimiento de un provincial: “Su familia le rodeaba en el momento final, y los hermanos camilos le cogíamos de las manos y cantábamos el *Magnificat*. Fue especial”. Esta apuesta por “humanizar los ritos para que estos humanicen”, es, en definitiva, un querer ser “testigos de la esperanza”.

Sáenz-Díez de la Gándara, que percibe cómo aumenta progresivamente el número de personas que no desean servicios religiosos (cada tanatorio siempre pregunta a los familiares si los quieren o no), considera que aún es una amplia mayoría la que sí sigue contando con la dimensión religiosa en la hora de la muerte. Lo cual no quiere decir que sean necesariamente creyentes: “La muerte es algo universal, por lo que siempre hay rasgos comunes, como el silencio, la pena, el misterio...





# Dos escenarios exequiales

En general, no se sabe cómo afrontarla. Muchos la rechazan y otros la quieren ocultar, con charlas vacías en esas horas de dolor o dulcificando el cadáver, haciéndolo más *aceptable*. Se huye en lo posible del hecho de que ha habido una ruptura radical con la vida. Yo llamo tendencia al aburguesamiento”.

Frente a ello, tanto en los momentos de acompañamiento en el tanatorio como en las celebraciones exequiales, el sacerdote madrileño busca dar calor y llegar a todos, especialmente a los que percibe como más alejados de la fe, bien por su frialdad o por su falta de seguimiento en las ceremonias: “Creo esencial movernos en torno a tres grandes ejes: serenidad, seriedad y anuncio. No bastan cuatro palabras de consuelo vacío. Con naturalidad, hay que huir de la mera exaltación del fallecido y de deseos genéricos, como decir que era bueno y se merece estar en un buen lugar. Hay que ofrecer la palabra de esperanza de la Iglesia, explicar que la fe en **Jesús** es la que nos permite afrontar el futuro y Dios es el único que responde a nuestro deseo de trascendencia. Hay que decirlo aunando claridad y cercanía, testigos de la promesa de Dios, que no es evidente, pues no se ve”. Para quienes son más reacios a estas palabras o actitudes, el pastor siempre busca al menos dirigirles en

Los días 1 y 2 de noviembre, la liturgia nos hace presente el recuerdo de los santos y de los difuntos. Ambas solemnidades suscitan en la comunidad eclesial un intenso y generalizado clima de oración, contenido y sereno, donde la consoladora certeza de la comunión de los santos alivia el dolor, jamás mitigado del todo, por las personas fallecidas. En cada eucaristía, especialmente en la exequial, bendecimos a Dios por ellos, pidiendo por su eterno descanso, a la espera de poder abrazarlos de nuevo en la Casa del Padre.

Pero, ¿cómo despiden la Iglesia a nuestros seres queridos? A través de las parroquias. El ritual de exequias ofrece diferentes opciones. No es de extrañar, por tanto, que, según los lugares y las costumbres, se escoja una u otra fórmula, uno u otro lugar. En numerosas diócesis, no en todas, puede elegirse o bien la despedida en el tanatorio o bien la despedida en la iglesia parroquial.

La despedida **en el tanatorio** se realiza a través de una celebración de la Palabra, en la capilla, con sus diferentes momentos:

- **Primero:** una monición de entrada, en la que el sacerdote o un familiar “ambienta” el acto, detallando su profundo significado y sentido eclesial: “La Iglesia, como madre, despiden a sus hijos, envolviendo sus vidas con el celofán de la oración y de la recomendación de tu existencia en la tierra a la misericordia de Dios, Padre de ternuras y bondades”.
- **Segundo:** la oración por el difunto.
- **Tercero:** la proclamación de la Palabra de Dios; entre las lecturas, una del Antiguo Testamento, otra del Nuevo Testamento y el Evangelio.
- **Cuarto:** la homilía, unas palabras del sacerdote, pronunciadas con unción y emoción, con tono intimista y cercano, procurando que la fe cristiana y el sentido del acto pueda aliviar el dolor de los familiares. La homilía ha de ser “un abrazo

fraternal” a todos los que participan en el acto religioso, compartiendo su dolor y transmitiéndole la esperanza de la Iglesia, que “acompaña a sus hijos e hijas” en su “camino al paraíso”.

- **Quinto:** la oración de los fieles, con las diversas peticiones.
- **Sexto:** el rezo o el canto del Padrenuestro, plegaria que nos hace sentirnos hijos de Dios, especialmente en los momentos de dolor y de amor.
- **Séptimo:** el abrazo de la paz. El ministro baja para abrazar a los familiares.
- **Octavo:** el responso final, con las moniciones y las oraciones que ofrece el ritual, de una gran belleza y esperanza: “No temas, hermano, hermana...”.
- **Noveno:** aspersión al féretro con el agua bendita.
- **Décimo:** la petición del “descanso eterno”, con el sentido que el papa **Juan Pablo II** nos hablaba del cielo: “La plenitud de la vida en la intimidad con Dios”.

La segunda forma de despedida de los difuntos tiene como escenario **su iglesia parroquial**, la comunidad a la que pertenecen. Toda la liturgia exequias es riquísima en matices:

- **Primero:** el ministro sale a la puerta del templo a recibir el féretro, los restos mortales, toda la vida del cristiano que se marcha de este mundo.
- **Segundo:** se celebra la Eucaristía.
- **Tercero:** se despiden también, acompañando el féretro hasta la salida del templo.

Estas son las dos formas con las que la Iglesia despiden a sus hijos, a su marcha de este mundo. En el tanatorio, con una celebración de la Palabra; en la iglesia parroquial, con la celebración de la Eucaristía. Pero, también, así se permite prácticamente en todas las diócesis, los familiares pueden invitar a algún sacerdote amigo para que celebre una Misa en el tanatorio. Se suele permitir también que alguno de los allegados pueda leer un texto para expresar los sentimientos de la familia.





►► especial “unas breves palabras o signos”, para que perciban, aunque sea de un modo intuitivo, la esencia de ese mensaje de esperanza en la vida eterna.

A la hora de la homilía o en cualquier momento en que un pastor hable a la familia de un fallecido, Bermejo reclama “ir más allá de ofrecer unas palabras de consuelo con los mismos tópicos de siempre” y testimoniar “una conexión real con los corazones rotos que hay ante él, desde la ternura e individualizando”.

En esto, unos referentes son los religiosos fossosores, en España desde 1953, aunque hoy ya solo perviven dos comunidades, en Logroño, con cuatro hermanos, y en Guadix, con tres.



Fray **Hermenegildo García Oli-va**, que ingresó en la granadina hace medio siglo, con 21 años, explica que su carisma es vivir en los cementerios y desarrollar allí su acción pastoral, cuidando las instalaciones y siendo una “presencia familiar” para todos: “Nuestros fundamentos son el silencio y la disposición. Al ser un cementerio pequeño, todos en el pueblo nos conocen y ya saben que estamos para lo que quieran. Celebramos una misa diaria a las ocho de la mañana y, los domingos, otra a las nueve y media. A esta vienen unas 40 personas, casi siempre las mismas, que son como nuestra familia”.

Conscientes de que “la muerte convoca más que nada”, su

acción es básicamente testimonial, ser compañía para quienes se muestran accesibles a ellos, más allá de sus creencias. En este sentido, hasta personas alejadas de la fe reconocen el “calor” que les dan: “Muchos nos comentan que, en funerales en otros cementerios, no ha sido lo mismo. Saben que la nuestra es una compañía desde el corazón, el respeto y la comprensión”. Para ello, concluye el fossor, “la homilía ha de ser muy sencilla y breve. La familia está cansada y solo quiere que todo pase cuanto antes para irse a casa. No están preparados para escuchar. Lo esencial es transmitirles cercanía. Para ello, a veces hay que buscar los momentos de silencio, bastando la simple presencia”.

Otro factor a tener en cuenta es la propia preparación de los sacerdotes que frecuentemente celebran exequias. Sáenz-Díez de la Gándara reconoce que no siempre es fácil: “Hay que tener una gran vocación de trabajo, pues es un servicio a la fe

más pura. Para fortalecerse, es esencial la oración, también la personal, y saber que es seca, por la rutina. Cada día vienen aquí muchas familias. Rezamos por ellas, pero a la mayoría no las conoces. Se necesita un fuerte espíritu”.

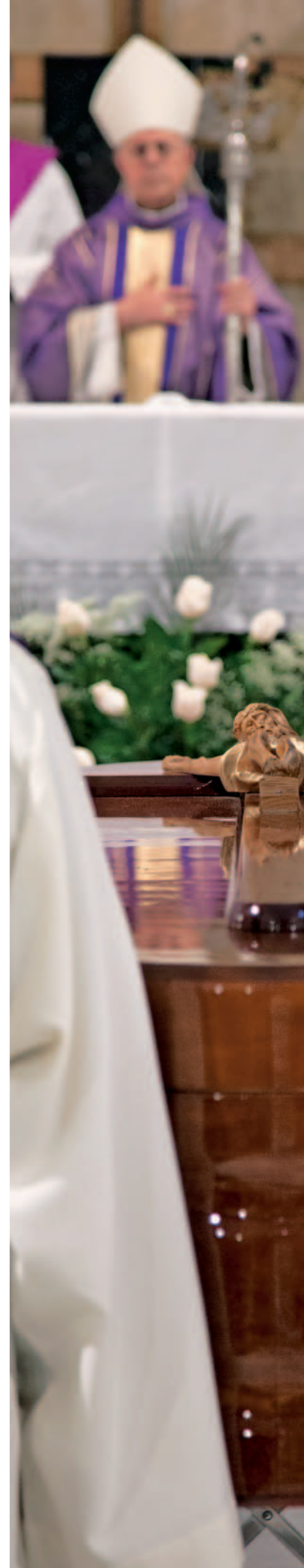
### Cuestión económica

Aunque sea de un modo paralelo, no se puede obviar la cuestión económica. Así, hay diferencias entre si las exequias tienen lugar en las parroquias o en los tanatorios. Si es en las primeras, suele concretarse en un donativo de la familia. “Cada diócesis lo regula de un modo –señala una fuente de primera mano–, pero muchos sacerdotes obtienen grandes

beneficios al celebrar las exequias en sus parroquias. Lo recaudado en esas ceremonias, según lo dispuesto en cada comunidad, va en buena parte destinado al propio cura, entendiéndose que es un extra en su quehacer diario. Esto se da en muchas diócesis del mundo... Y hablamos de mucho dinero”.

En caso de ser las ceremonias en el tanatorio, existen dos opciones. Una, que este sea municipal, habiendo capellanes designados por las diócesis que coordinen la pastoral en ellos. Otra, que sean privados y cada empresa contrate los servicios de un sacerdote. Sáenz-Díez de la Gándara ejemplifica el primer caso: “En mi demarcación, la del sur de Madrid, los tanatorios cobran unos 30 euros a las familias por contratar los servicios religiosos. Ese dinero no es para los sacerdotes, aunque otras diócesis lo gestionan de distinto modo. En nuestro caso, el arzobispado lo destina a Cáritas y a ayudar a los sacerdotes de otros países que vienen a estudiar aquí. Si, aparte, las familias nos quieren dar un donativo, aunque yo les recalco que no tienen por qué, este también se dirige a esos mismos destinatarios, no es para nosotros”.

En los tanatorios privados, estos contratan a los sacerdotes de un modo independiente de las diócesis. Sobre la cantidad que perciben en esos casos respecto a los que están en los públicos, un reconocido grupo funerario asentado en España asegura a esta revista que las diferencias económicas no son excesivas (otras fuentes sí las ven significativas) y que la familia tiene la posibilidad de que su párroco o un sacerdote amigo celebre la misa en el tanatorio. También se señala que no hay una relación contractual en el sentido de recibir un sueldo fijo el mes, sino que cobran por ceremonia.





VALENTÍN RODIL. RESPONSABLE DE LA UNIDAD MÓVIL DE ATENCIÓN AL DUELO Y A LAS CRISIS DEL CENTRO DE ESCUCHA SAN CAMILO

# Testigos antes que predicadores

**A**tendemos a cerca de 800 personas al año en momentos de mucho sufrimiento por la muerte de un ser querido. Vemos a personas con historias y creencias diferentes. El duelo afecta de forma tan total que es como si todo el edificio de la vida se tambaleara. Se conmueven el cuerpo, la mente, las emociones, las relaciones, las creencias religiosas y los esquemas referenciales.

Las personas, a partir de la pérdida, inician un lento camino de recuperación en el que cada día supone una experiencia de dolor que va creciendo. Este no cede por mucho tiempo que pase, sino que va siendo elaborado poco a poco por la persona que necesita reconstruir su vida, su idea de sí mismo y del mundo. En este camino, lo esencial es estar cerca para poder ir entendiendo las reacciones, las idas y venidas, y así ayudar a las personas a sentir que no están solas. El mejor testimonio es la propia relación que establecemos y que se compromete en un acompañamiento periódico.

La fe suele estar puesta a prueba con frecuencia en este tiempo. Muchas personas pasan de creer a no creer porque Dios les ha fallado en sus oraciones; más que una opción teórica, se trata de un enfado muy intenso. Otras personas cambian su perspectiva y descubren una forma de creer dolida, pero personal, en la que la imagen de Dios es purificada. Algunas pocas llegan a creer llevadas por la necesidad de sentir que su ser querido permanece vivo.

He podido ver a personas en las tres situaciones. Recuerdo cómo **Svetlana**, nombre no verdadero, perdió a su hijo de pocos días de edad tras pasarse ella muchas horas orando para que se salvara. Era cristiana de origen y no volvió a ir a la iglesia. No toleraba ver cruces. A esto colaboró que quien ofició el funeral tuviera escasa sensibilidad en ese momento. Los curas no están formados en el duelo, y esto se nota porque no aprovechan el rito para favorecer la sanación de la herida, sino que, con frecuencia, tratan de predicar sin darse cuenta de que es posible que no sea el tiempo adecuado.

**Mariana** perdió a un hijo que costó mucho que naciera, a los tres meses. Era una mujer de parroquia, tenía todos los contenidos de fe asumidos, su trabajo lo vivía con devoción y vocación de entrega, pero esa muerte supuso que ella se planteara si su Dios era verdadero o una broma cruel. El proceso de duelo que vivió con nosotros supuso un crisol desde el que emergió una imagen y una vivencia de Dios menos griega y con más carne. En este caso,

el sacerdote de la parroquia supo esperar, estar cerca y acompañar en el dolor. Los mensajes del funeral no eran asumibles por ella en ese momento, pero al menos el cura no dijo que el niño estaba con Dios porque era un ángel y cosas de ese estilo que tanto daño hacen.

Recuerdo cómo la forma de dirigirse a **Isabel** cuando su marido murió joven por parte del cura que estuvo en el tanatorio le supuso un pequeño renacimiento en la fe. Lo que el sacerdote dijo no era muy ortodoxo quizá, pero a su duelo le venía bien. Se centró mucho en entender su dolor y sus reacciones, en no juzgar nada y en no dar palabras cuando correspondían silencios.

Por mi parte, asisto a resurrecciones hermosas de personas muy hundidas gracias a la forma de acompañar momentos tan difíciles, tan extremos. La experiencia del Centro de Escucha es que, más que dar consejos, lo que toca hacer es vestir al desnudo, porque así se siente la gente sin su ser querido. En este sentido, la necesaria presencia de los sacerdotes preciaría de una formación específica que no reciben: para saber no decir lo que no sirve y sí saber estar como la Virgen sufriente, y luego para saber decir lo oportuno, lo que la persona puede digerir. Varios sacerdotes ya se han acercado a nuestro centro para formarse en el duelo.

En nuestro quehacer, desde el día a día, vamos viendo cómo los ciegos ven, los cojos andan y a los pobres se les anuncia la buena nueva. Al final, como una de las personas atendidas nos escribió, “no me dijeron nada de lo que yo esperaba, y en realidad no me dijeron nada concreto, pero su forma de escuchar me ayudó a entenderme mejor que nunca en mi vida, y ahora soy mejor de lo que era. Aunque me duele mucho la muerte de mi marido, sé que puedo vivir, y con algo de esperanza. No sé si aún creo en el Dios que me enseñaron, pero me consuela sentir que unos brazos sostienen a quien yo tantas veces he abrazado”.

